



TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN Y DEMOCRACIA¹.

UNA PERSPECTIVA PROTESTANTE

Nuestro propósito es participar en la discusión sobre nuevos modelos de organización de la sociedad chilena. Pero nuestra participación será desde la perspectiva de la fe cristiana en la tradición protestante y en el marco de su experiencia latinoamericana. En realidad más que una reflexión teórica nos proponemos desafiar al protestantismo, a redescubrir su raíz evangélica y popular.

El primer aspecto que hay que clarificar es el por qué la teología-participa en el quehacer político. Entendemos que no se trata de justificar esta incursión de la teología en la política, porque de hecho en todos los tiempos todo el quehacer teológico ha surgido en situaciones socio-históricas determinadas y ha participado, directa o indirectamente, en la vida de los pueblos. Esto se ha hecho consciente o inconscientemente. La Iglesia, el teólogo y los cristianos en particular han participado siempre en el quehacer socio-político¹.

En segundo lugar, digamos algo con respecto a las motivaciones propias o inherentes a esta forma de hacer teología y que impulsan su participación en la búsqueda de modelos alternativos de sociedad o más específicamente en un proyecto democrático. Una primera razón es bíblica. La temática bíblica es socio-política y liberadora. Política en el sentido de que abarca toda la actividad, todo el quehacer del hombre en cuanto ser social. Y es liberadora en cuanto tiende a alcanzar la libertad del hombre y de la sociedad humana. Con mucha claridad lo expresa Gustavo Gutiérrez cuando dice que la liberación se manifiesta cuando "el hombre se transforma conquistando su libertad a lo largo de su existencia y de la historia"².

En el Antiguo Testamento se trata de la liberación de un determinado pueblo. Liberación que implica toda la vida del hombre y de ese pueblo; su vida religiosa, política, -g económica y cultura!. Por otra parte en el Nuevo Testamento, la liberación de la cual se habla no es ya la de un pueblo, sino de toda la humanidad, proyecto en el cual Jesús de Nazaret como el Mesías de Dios, es el conductor al Reino, proyecto que tiende hacia una nueva creación. Esta concepción de la liberación trasciende no obstante los límites históricos, porque no se refiere solamente a los aspectos históricos o sociológicos, sino

¹ Artículo publicado en Varios Autores. Democracia y Evangelio. C.T.E. – Rehue, Santiago, 1988, pp. 153-165.

que bajo la perspectiva del Reino de Dios, proyecta al hombre a dimensiones trascendentes. En esta liberación bíblica (Antiguo y Nuevo Testamento), el pueblo (Israel y la Iglesia) se constituyen en agentes de Dios, son los protagonistas y Dios el Señor es el autor y conductor de esa liberación.

El otro elemento lo constituye el lugar desde el cual se hace teología. Si la teología participa en la búsqueda de modelos democráticos, es porque entiende que el lugar desde el cual se hace teología es a partir de la inserción del teólogo y de la Iglesia en la lucha de los pueblos en busca de su liberación. La teología de la liberación no es una nueva escuela de teología, no es una nueva corriente, sino que su diferencia fundamental con otras formas teológicas está en la manera de hacer teología. Esta manera de hacer teología está - como en toda teología - fuertemente determinada por el lugar desde el cual se hace teología. Para la teología de la liberación, el lugar propio para el quehacer teológico es una situación histórica caracterizada por la opresión de los pueblos.

Desde la perspectiva de la Teología de la Liberación se entiende que el pobre, el oprimido es el sujeto histórico en la búsqueda y en la práctica de la liberación. Los pobres en la Biblia, no sólo son "el pueblo de Dios", sino que además constituyen una clase social determinada y la acción liberadora de Dios tiene que ver con todas las dimensiones de la opresión. Recordemos que el primer mandamiento para Israel no es solamente: "Yo Yahvé soy tu Dios", sino que además dice: ". . . que te saqué de Egipto de casa de esclavitud" (Éxodo 20,25). La primera es una afirmación de fe, pero la segunda parte es la situación histórica en la cual se reconoce y se confiesa a Dios como Señor. Además debemos mencionar dos argumentos importantes. Uno es cualitativo-bíblico: los pobres y desposeídos son objeto de trato preferencial por parte de Dios en la Biblia, y por lo tanto lo deben seguir siendo por parte de la Iglesia. El segundo es un argumento cuantitativo: los pobres constituyen hoy la mayoría de la población de la humanidad y son por consiguiente también hoy, objetos de trato preferencial por parte de Dios y su Iglesia³.

Este quehacer teológico a partir de los pobres que están en la periferia de la sociedad moderna, no significa de ninguna manera que la Biblia o la Iglesia hoy, deba hacer abstracción de los ricos. También la Biblia y la Iglesia hoy están preocupadas de la salvación de los ricos, económicamente hablando, pero sí, el mensaje del evangelio asume nuevos desafíos en su situación particular. Lo que decimos aquí es que se trata de la búsqueda de un proyecto liberador democrático, gestado a partir prioritariamente de las necesidades de los más pobres. La Conferencia Mundial sobre Evangelización y Misiones del Consejo Mundial de Iglesias (Melbourne, 1980) habla de "Evangelización desde la periferia"⁴. Esta evangelización requiere un nuevo modelo misionero, es decir, un nuevo estilo o proyecto misionero cristiano que no se puede construir sino a partir de las necesidades y problemas inmediatos del mundo pobre que reclama justicia y de la cual, el evangelio es parte fundamental. Toda la humanidad es incorporada a la evangelización, pero ésta se inicia, como proceso, desde los márgenes de la sociedad. De este modo, el proyecto democrático de nueva sociedad es a partir de los pobres para incluir a toda la humanidad.

Nos parece que ésta es la perspectiva evangélica más adecuada en la búsqueda de un nuevo modelo de democracia. En realidad se trata de revertir la historia, se busca subvertir el proceso de una dinámica histórica y no de invertirla. La inversión de los

procesos históricos ha degenerado por lo general en un revanchismo social, pero no es eso lo que buscamos en una perspectiva evangélica. Más bien nuestro modelo busca alcanzar justicia plena para todos los hombres en todas las clases sociales. Al respecto nos advierte Juan C. Scanonne, frente al revanchismo por el poder, con estas palabras:

"Como reacción contra estos dos proyectos (se refiere al neo-colonialismo de la generación liberal, y al proyecto desarrollista de la época tecnocrática) criticado como encubridores de la dominación, aparecen por todas partes de América Latina, proyectos de subversión del orden establecido. Pero algunos de ellos, intentando subvertirlo, solamente tienden a invertirlo, moviéndose todavía dentro de una comprensión del ser y el tiempo, propio de la modernidad. Así se logrará a lo más, que aquello que estaba en la totalidad, se ubique arriba, pero no se habrán subvertido las raíces mismas del sistema desde su fundamento ontológico, a saber, la voluntad de lucro y poderío"⁵.

Otro elemento que fundamenta ampliamente la incursión de la teología en la búsqueda de un nuevo proyecto de sociedad, consiste en que no es posible una renovación de la Iglesia, sin una transformación real de la sociedad. Los cambios en la Iglesia, históricamente, siempre han sido motivados por el interés y más que interés, la necesidad de hacer pertinente el mensaje del evangelio a las cambiantes situaciones humanas. Por lo tanto no es nuevo decir que ha habido siempre una búsqueda constante por readecuar, e impulsar la transformación de la Iglesia de acuerdo a la problemática social, para hacer más vigente el mensaje evangélico. Pero esta búsqueda debe ir acompañada por una transformación de la sociedad. Dice Juan Luis Segundo:

"Cuando más conscientes somos de las estructuras opresoras de la sociedad, más capaces seremos de entender la Palabra de Dios, oculta ideológicamente, por esas fuerzas opresoras. Cuando más comprendamos el carácter liberador de la Palabra de Dios en la historia, tanto más nos confrontamos con las estructuras inhumanas e injustas de la sociedad"⁶.

Es decir que si no se modifican las condiciones socio-políticas de la estructura social, es muy difícil suponer que pueda modificarse la estructura interna de la Iglesia, por mucho que sople el Espíritu, ya que como sociedad humana forma parte de la estructura de la sociedad. Se hace importante entonces entender y aceptar la dimensión política de la Iglesia y el cristiano. Para un correcto quehacer político se impone un análisis crítico de la realidad social, política y económica. Entendemos que no es posible desarrollar una teología liberadora si no se promueve una acción política eficaz que lleva a un cambio en la estructura de la sociedad que acompañe, motive e inspire las transformaciones o adecuaciones al interior de la Iglesia para que pueda proclamar su mensaje con mayor relevancia. Estos son algunos elementos que motivan la inserción de la Iglesia, el cristiano y la práctica teológica en la búsqueda de un modelo de democracia: la esencia liberadora del mensaje bíblico; los pobres como sujeto histórico en la búsqueda de una nueva organización social; y la renovación de la Iglesia.

La búsqueda de un modelo de democracia o nuevo modelo de sociedad parte de la suposición de que otros proyectos ya han fracasado como posibilidades para los países

subdesarrollados. La nueva búsqueda pasa entonces por una ruptura con todo proyecto anterior, los que sólo han creado nuevas y sucesivas situaciones de dependencia en la que viven los pueblos del Tercer Mundo.

La Teología de la Liberación ha transitado por varias etapas en su desarrollo. Varios autores registran ampliamente los orígenes, las opciones y el desarrollo y evolución de su pensamiento⁷.

Desde 1968 en adelante, época de la formulación explícita de la llamada Teología de la Liberación, queda ya demostrado el fracaso de los modelos de desarrollo que hasta entonces se habían propuesto para los países subdesarrollados. Gustavo Gutiérrez, en su texto clásico optó por adjetivar su formulación teológica como "liberación", como crítica y rechazo frente a los fracasos desarrollistas.

Los modelos desarrollistas habían probado ser ineficaces para solucionar los problemas de los pueblos. Liberación expresaba mejor, y en una forma más profunda, la intensidad del proceso de cambio que debía experimentarse. Dice Gustavo Gutiérrez:

"El término desarrollo ha sintetizado las aspiraciones de los pueblos pobres durante las últimas décadas. Pero recientemente ha comenzado a ser objeto de severas críticas, debido a las insuficiencias de las políticas desarrollistas propuestas a los países pobres para que salgan de su situación de subdesarrollo"⁸.

Por el contrario era más oportuno hablar de liberación. Dice Gustavo Gutiérrez:

"En esta perspectiva, hablar de un proceso de liberación comienza a parecer más adecuado y más rico en contenido humano. Liberación expresa, en efecto, el ineludible momento de ruptura que es ajeno al uso corriente del término desarrollo"⁹

Era coincidente entonces en esa época, y Gustavo Gutiérrez nos representaba a muchos en esta opción, de que las políticas de desarrollo habían fracasado. Había que buscar otro modelo que fuera a la raíz de los problemas latinoamericanos.

El fracaso de los modelos anteriores como hemos dicho, reforzó la convicción de que se hace necesario buscar un nuevo modelo de proyecto que represente los intereses y necesidades de las clases sociales marginadas.

Pero en esta búsqueda, entendemos que desde la perspectiva de la teología no le cabe a la Iglesia elaborar un proyecto político, pero sí .participar en ella, en su discusión, en diversos niveles de participación y reflexión y sobre todo en una crítica a partir de la teología y del evangelio de los valores que -a juicio de la Iglesia- deben ser incorporados a un proyecto de esta naturaleza.

El mensaje y tal vez podríamos decir "el proyecto" de la Iglesia, es el Reino de Dios. Es cierto que ningún proyecto político por bueno que sea reflejará plenamente el modelo del Reino, pero también es cierto, y es posible, que algunos proyectos reflejen o incorporen elementos que hacen al Reino. El Reino de Dios no es un proyecto político, pero puede ser mediado por expresiones políticas determinadas. El Reino de Dios es un proyecto "teológico" (de Dios), pero tiene expresiones sociológicas que no podemos desconocer. Ningún proyecto agota el Reino, pero si algunos modelos pueden ser

prolepsis (es decir, adelantos) del Reino. El Reino es una utopía, en cuanto su consumación, está en el *ésjaton* final y este depende de la voluntad de Dios. Pero esto de ninguna manera significa que hoy no podamos vivir ni movernos en esa dirección de tal modo que podamos percibir las señales o buscar canales por los cuales podamos ir hacia él. En los evangelios se nos indica de alguna manera; hay señales que permiten vislumbrar cómo y por dónde va el Reino, y esto hace a la justicia, a la fraternidad, a la paz y a una serie de valores que hoy podemos y debemos experimentar y cultivar.

Si democracia significa participación del pueblo en la vida social es propio suponer que todo el pueblo participe en la elaboración de la forma que ha de gobernarlos. Esta participación en la discusión de cualquier proyecto es lo que la Iglesia debe propiciar y apoyar por todos los medios. Por otro lado, y en este mismo orden de cosas, es muy oportuno que la teología como disciplina promueva y fundamente el por qué el pueblo debe participar en la elaboración de proyectos democráticos y sostener diálogos y criticar constructivamente cualquier proyecto que esté en discusión. La Iglesia no puede comprometerse entera y solamente con un proyecto. No es de su esencia ni de su misión. Pero si debe dialogar, participar y criticar constructivamente todo proyecto desde los intereses de los más pobres, que son como hemos dicho, también los intereses de Dios.

En el documento final del Encuentro Ecuménico de Teología Pastoral, se dice lo siguiente al respecto:

"La apertura democrática de algunos países es un hecho nuevo y ambiguo. Los regímenes militares abren un cierto espacio de acción, pero mantienen el control de las decisiones básicas y juegan la carta de la división de la oposición. La tentación de las Iglesias y de los cristianos podría ser la de entrar sin espíritu crítico por este camino. No basta con una "apertura" a una democracia puramente formal que puede transformarse en un juego político que no realice las transformaciones estructurales profundas y no dé verdadera participación al pueblo. La gran tarea es la creación de un proyecto alternativo conducido por el movimiento popular y que sea capaz de atraer a los llamados sectores medios de la sociedad"¹⁰.

La elaboración, discusión y aprobación de todo proyecto de democracia implica una lucha de poderes de sectores, clases sociales y organizaciones. El papel de la Iglesia y la función teológica de discernir la voluntad salvífica de Dios para los hombres, implica participar, mediar en esta discusión para hacer prevalecer los valores del Reino: la justicia, la paz, la reconciliación, etc. Los partidos políticos y cualquier organización política no pueden representar la totalidad de los intereses de todos los hombres y grupos sociales. Por lo tanto la búsqueda común de los intereses de todos es de vital importancia. Es en esta discusión en la cual la teología, la Iglesia y los cristianos deben participar. Es lo que Ronaldo Muñoz llama el "asumir evangélicamente el despertar político de nuestro pueblo"¹¹.

Un paradigma bíblico de mucha inspiración para este tipo de diálogo y discusión en la búsqueda de la unidad, lo podemos encontrar, por ejemplo en la llamada "asamblea de Siquem" (Josué 24). En ese pacto se sella la unidad de las tribus, que hasta ese momento

estaban dispersas, fragmentadas y desangradas en luchas intestinas. El pacto, bajo el liderazgo de Josué y bajo la soberanía de *Yahweh* posibilitó alcanzar la unidad necesaria para el establecimiento del pueblo en Canaán.

DESAFÍO A LOS PROTESTANTES

Finalmente quisiéramos decir una palabra sobre el protestantismo y la democracia. El protestantismo como expresión particular del cristianismo, tiene como tradición histórica, un aporte importante en la participación democrática y en lo que podríamos llamar una forma de democracia popular. Fue el protestantismo de los reformadores el que abogó porque se debía traducir la Biblia al lenguaje del pueblo. Es el protestantismo en donde se habla del "sacerdocio universal de todos los creyentes". El protestantismo reformador del siglo XVI abogó por formas de organización de las comunidades cristianas en las cuales hubiese una plena participación de todos los creyentes, no sólo en la liturgia, sino en la misión y en la acción total de las comunidades eclesiales. Así es que podemos decir con bastante propiedad que los elementos propios de la forma democrática de gobierno han formado parte importante en la tradición protestante.

No obstante cabe preguntarnos cuáles son los desafíos presentes en los cuales el protestantismo puede hacer una contribución. ¿Cuál ha sido el papel jugado por los cristianos evangélicos en la lucha social? Ofrecemos un testimonio como ejemplo.

El 11 de noviembre de 1887, en los EE.UU., un año y medio después de la gran huelga por la jornada de 8 horas y el sacrificio de los mártires de Chicago, fueron ahorcados cuatro dirigentes laborales bajo acusación de promover el levantamiento de los trabajadores. Entre estos nuevos mártires del movimiento obrero estaba Samuel Fielden, obrero textil y predicador metodista que fue condenado a cadena perpetua. Este fue su discurso ante el Tribunal que lo condenó:

"Habiendo observado que hay algo injusto en nuestro sistema social, asistí a varias reuniones populares y comparé lo que decían los obreros con mis propias observaciones. Más no conocía el remedio a los males sociales. Pero discutiendo y analizando las cosas y examinando los remedios puestos en boga actualmente, hubo quien me dijo que el socialismo significaba la igualdad de condiciones y ésta fue la enseñanza. Comprendí enseguida aquella verdad y desde entonces fui socialista. Aprendí cada vez más y más: reconocí la medicina para combatir los males sociales y como me juzgaba con derecho para propagarla la propagué...

Se me acusa de excitar las pasiones, se me acusa de incendiario porque he afirmado que la sociedad actual degrada al hombre hasta reducirlo a la categoría de animal. ¡Andad! Id a las casas de los pobres, y los veréis amontonados en el menor espacio posible, respirando una atmósfera infernal de enfermedades y muerte...

Si me juzgáis convicto de haber propagado el socialismo, y yo no lo niego, entonces ahorcadme por decir la verdad... Si queréis mi vida por invocar los principios del socialismo, como yo entiendo que los he invocado en favor de la humanidad, os la doy contento y creo que el precio es insignificante ante los resultados grandiosos de nuestro sacrificio...".

Este testimonio de compromiso cristiano y protestante, con la utopía de un proyecto de nueva sociedad se inscribe en la tradición del compromiso cristiano con aquel pueblo pobre y oprimido del cual encontramos fuerte presencia en la Biblia. Pueblo que hoy constituye la mayoría de la población del mundo y se ubica especialmente en el Tercer Mundo. Por lo tanto, hablar de un compromiso evangélico protestante con el mundo obrero no es algo nuevo ni que deba tomarnos con sorpresa. Sin embargo, frente a esta importante tradición evangélica aparecen ya en el siglo pasado hasta el presente algunos rasgos de decadencia. El gran teólogo protestante Paul Tillich en una de sus obras vaticina lo que él llama el fin de la era protestante¹². El autor pronostica el fin de la era protestante a causa de lo que califica como el alejamiento del protestantismo del mundo obrero. Tillich habla específicamente de "El fracaso del protestantismo histórico ante la situación proletariada"¹³ No nos vamos a referir a todo el trabajo, pero si resumir algunos aspectos de su crítica.

Según Tillich, dos factores, principalmente, dificultan la relación del protestantismo con el proletariado. El primero de ellos, es el endurecimiento del dogma. El sistema doctrinario protestante ha sufrido un proceso de petrificación, de endurecimiento, y no ha sido capaz de renovarse de acuerdo a los tiempos y a las situaciones. La Iglesia monopoliza la Escritura y su interpretación. Esto se ha hecho de tal manera rígido que ha llegado a contradecir lo que fue precisamente la lucha de los reformadores del siglo XVI, frente al catolicismo medieval. Esto, dice Tillich, no es adecuado para llegar hasta el proletario. Las clases medias han aceptado formalmente esta situación con un respeto oficial tácito a las tradiciones de un pasado que hay que preservar, pero nada más. Esto explica el carácter nominal de la práctica protestante, de las clases medias, especialmente en el protestantismo histórico europeo y norteamericano. Pero no ocurre lo mismo con el proletariado. Porque el proletariado no tiene conciencia de tener antecedentes históricos que sean relevantes. No hay grandes logros en el pasado que valga la pena venerar. Por el contrario, su fuerza y su esperanza están puestas en el futuro, en la búsqueda de algo nuevo que supere su situación presente.

El segundo factor limitante, para Tillich, es el fenómeno del pietismo. El pietismo entendido como la práctica de una vida cristiana puramente interior que aísla al hombre de su mundo, le separa de su realidad social y contingente. La práctica de esta forma de religiosidad se limita a la simple relación individualista del hombre con Dios. Esta teología de la exaltación de la personalidad religiosa, lleva al aislamiento del individuo de sus hermanos de clase. Es una teología de la conciencia religiosa y moral que hace abstracción de relaciones humanas y de los aspectos estructurales de la experiencia humana. Esta situación también, en la postura de Tillich, aísla al protestantismo del proletariado, porque lo característico del proletariado es "dirigir su pasión adelante, creando la voluntad de cambiar el mundo"¹⁴.

Esto es una necesidad ligada a su situación social, a su condición de clase trabajadora y explotada. Para Tillich lo característico del pietismo es "mirar hacia lo alto" (léase Dios) mientras que en la condición del proletariado lo propio es "mirar hacia adelante" (al futuro). Si pudiéramos hacer una mejor teología veríamos que Dios y futuro no son necesariamente excluyentes, sino por el contrario convergentes. Termina este autor haciendo un llamado al protestantismo, una voz de alerta que entendemos vale también para nosotros hoy.

La situación de los pobres y marginados de la sociedad es el lugar propio del anuncio evangélico y por lo tanto decisivo para el futuro del protestantismo y del cristianismo en general.

"La situación proletaria no es algo opcional a lo cual se pueda o no prestar atención, sino que es el punto en que la historia misma plantea su problema al protestantismo: si se identificara a sí mismo con las formas tradicionales en los que ha sido realizado o si se aceptara el desafío que lleva en sí la situación de las masas proletarias, como uno de los niveles fundamentales de la vida y el pensamiento de nuestros días"¹⁶.

La situación está planteada, los desafíos están delante de nosotros. Los pueblos buscan nuevas formas de organización que hagan justicia a sus demandas. Los cristianos y nosotros, evangélicos protestantes no podemos quedar ajenos a este proceso.